



Los hilos cortados



COLECCIÓN PLANETA VERDE

© del texto, Montserrat del Amo, 2002
Ilustración de portada: Carlos Fernández

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2017

Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Cubierta: © Thomas J. Abercrombie /
Contributor / Getty Images

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, sin permiso previo por
escrito del editor.

Primera edición en Chile | enero 2017
ISBN | 978-956-360-278-4

Impreso en Chile / Printed in Chile

El libro original protege el trabajo
del autor, diseñador y del equipo
editorial. Comprar el original es
respetar ese trabajo. No fomentes el
delito de la piratería.

Los hilos cortados

MONTSERRAT DEL AMO

ILUSTRACIONES DE Carlos Fernández

YAMEL

1. Los nómadas



Yamel había crecido en el aduar¹ de invierno de un grupo de pastores nómadas de las montañas del Kurdistan, al cuidado del viejo mayoral Dubonik. Había compartido los juegos con los otros niños, las alegrías y los temores. También los temores.

1. Aduar: campamentos de beduinos formado por tiendas y chozas.

Los nómadas se sienten en continuo peligro, porque el Kurdistán ha sido desde siempre guarida de contrabandistas y bandoleros; lugar de enfrentamiento de razas, pueblos y culturas; límite de fronteras entre Turquía, Irán, Iraq y Armenia, y sigue siendo un hervidero de guerras y guerrillas. Los pacíficos nómadas tienen que permanecer alerta y extremar las precauciones para no verse envueltos en luchas extrañas. Buscan los valles más escondidos entre las montañas para apacentar en verano los rebaños y un lugar seguro en el que establecer el aduar de invierno, donde se quedan las mujeres, los niños y los ancianos durante la marcha larga a las llanuras. Antes de desplazarse de un sitio a otro reconocen el terreno para evitar peligrosos encuentros.

El viejo Dubonik se lo recordaba a Yamel continuamente:

—Puedes jugar todo lo que quieras pero vuelve antes del anochecer; no te alejes demasiado del aduar y no te separes de tus compañeros. Es peligroso andar a solas por el monte. Tú tienes que tener mucho cuidado para que no te encuentren los guerrilleros.

—¿Por qué yo más que nadie, abuelo? —preguntaba Yamel.

El viejo Dubonik le respondía con evasivas:

—Porque tú... tienes que ser el más listo..., el más vigilante..., ¡el mejor de los nómadas!

No sólo el abuelo Dubonik lo hacía sentirse especial. También los demás pastores marcaban diferencias entre

Yamel y los otros niños del aduar porque lo interrogaban de pronto, como si quisieran pillarlo en falta:

—¿Te cansas de ir de un sitio a otro?

—¿Te molesta el olor de las ovejas?

—¿Te disgusta vivir en una tienda?

Yamel contestaba que no con la cabeza.

Pero otras preguntas eran más difíciles de contestar:

—¿Tienes buena puntería con la honda?

—¿Sabes encender el fuego con pedernal y yesca?

—¿Te obedecen los perros?

Los otros niños podían decir lo primero que se les ocurriera, pero Yamel tenía que pensarlo mucho, porque si no gustaba su respuesta, le lanzaban un «¡extraño!» a la cara que unas veces sonaba a «¡orgulloso!» y otras a «¡desgraciado!», pero siempre a insulto.

—¡Extraño! —le decían.

Y le volvían la espalda con desprecio.

Yamel no sabía bien lo que esa palabra significaba para los nómadas, pero algo muy malo tenía que ser porque el abuelo Dubonik se enojaba mucho cuando se lo decían.

Un día se decidió a preguntárselo:

—Abuelo, ¿qué es un extraño?

—Pues...

Dubonik vaciló, como si no acertara con la explicación o no quisiera dársela. Pero después de unos instantes de silencio, dijo:

—Un extraño es... uno que no pertenece al grupo de los pastores nómadas.

Pero esta explicación, en vez de resolverla, aumentó la confusión de Yamel, que siguió preguntando:

—Pero, entonces... ¿por qué me lo dicen a mí?

Ante los titubeos del abuelo, Yamel se sentía más y más intrigado. Comentó en voz alta:

—Porque yo soy un nómada. Yo no soy un extraño.

Pero algo había en la oscuridad de su memoria que le hizo sospechar y, temeroso, añadió:

—¿O sí? ¡Contéstame, abuelo!

El viejo Dubonik, que había escuchado en silencio las últimas frases de Yamel, pareció decidirse de pronto. Se irguió, puso sus manos en los hombros del muchacho que lo llamaba abuelo y mirándolo a los ojos le dijo:

—Sí... y... no. Escúchame bien, Yamel. Hay algo que te he estado ocultando durante más de diez años. Pero el tiempo pasa, tú ya no eres un niño y yo no soy eterno. Ha llegado el momento de que conozcas tu verdadera historia. Te la explicaré esta tarde junto al fuego grande, en presencia del Consejo de los Ancianos y con ayuda del asik.

En cada grupo nómada, en cada pueblo de Turquía, hay un asik que canta canciones de amor, narra cuentos maravillosos y recita leyendas heroicas. El asik es la memoria del grupo, el guardián del código de conducta y de las tradiciones. Recuerda lo que aprendió de labios del anterior asik y añade nuevos capítulos a la historia pasada con hechos del presente, y se lo enseña todo de palabra a un nuevo asik, que a su vez seguirá contando la historia del grupo a las generaciones venideras. El asik no toma decisiones como el Consejo de los Ancianos ni manda en los

rebaños como el rabadán, ni en los hatos como los mayores, pero todos le escuchan atentamente cuando alza su voz en las reuniones de los nómadas.

Yamel miró sorprendido a su abuelo: si el abuelo necesitaba la ayuda del asik para contárselo, el secreto tenía que ser muy importante.

Pasó el día intrigado e inquieto, y al atardecer acompañó al abuelo a la tienda del asik:

—Ven con nosotros —le dijo el abuelo. El asik tomó su laúd y los tres se dirigieron a la explanada, donde ardía el fuego grande en medio de las tiendas. ¡El fuego, padre de los nómadas, que hace huir a los lobos y reúne al grupo!

Al establecer un nuevo aduar, lo primero que se hace es encender el fuego grande con pedernal y yesca en medio de la explanada donde se alzarán las tiendas, y lo último, apagarlo antes de iniciar una nueva marcha. De allí toman las mujeres la rama encendida con la que harán la lumbre familiar para preparar la comida delante de las tiendas.

El fuego grande no se extingue nunca. De día se cubre con ceniza y al anochecer se avivan las brasas hasta hacerlas saltar en llamaradas.

Los consejos, las fiestas, los juicios, todos los actos importantes del grupo nómada se celebran de noche y junto al fuego.

Cuando los tres llegaron a la explanada, ya estaban allí los ancianos del consejo, pero las brasas estaban aún cubiertas con ceniza. El abuelo Dubonik echó unas ramas para avivar el fuego y el asik empezó a hablar, repasando la

historia y las costumbres de los nómadas, cuando saltaron las primeras llamas.

—Nosotros, los nómadas, somos distintos de los otros pueblos. Seguimos el paso de las estaciones llevando en verano a pastar los rebaños de valle en valle por las altas montañas, y descendiendo en la marcha larga a las llanuras en invierno. El aduar es nuestra única ciudad, la tienda de pieles de oveja, nuestra patria. Vamos de un sitio a otro y aprovechamos los recursos naturales que otros desprecian. No tenemos tierras propias ni deseamos conquistarlas y por eso nunca fuimos vencedores ni vencidos.

Hasta ahora, el asik no había dicho nada que Yamel no supiera ya. Hurgó en las brasas, impaciente, y siguió escuchando en silencio.

—Nosotros, los nómadas, queremos vivir en paz con todos. Pero nos rodean las luchas de los extraños y tenemos que estar alerta para no vernos mezclados por sorpresa en los enfrentamientos de los distintos grupos de soldados y guerrilleros que combaten unos contra otros. Tenemos que mantener una constante vigilancia en torno al aduar y rastrear el terreno antes de movernos.

Yamel redobló su atención cuando el asik cambió de tono:

—Hace diez años, el rabadán llamó al más viejo de los mayores, a Dubonik, al que tú llamas abuelo, y le dijo: «Escasea la hierba en las alturas y el frío de las noches anuncia las primeras nevadas. Hay que buscar caminos para salir de las montañas hacia las llanuras con el rebaño para la marcha larga, y un sitio seguro para levantar el

aduar de invierno». Dubonik preparó el zurrón, eligió a tres pastores para que le acompañaran y, al amanecer, abandonó el aduar a la cabeza de la avanzadilla de rastreadores.

Al llegar a este punto el asik se calló y Dubonik tomó la palabra:

—Rastreando el camino descubrimos señales de luchas recientes: huellas de botas claveteadas en distintas direcciones y casquillos de bala todavía brillantes. Más abajo vimos otras pisadas que correspondían a diversos tipos de calzado, de diferentes tamaños. Supusimos que había tenido lugar un enfrentamiento entre guerrilleros y soldados, y que un grupo de campesinos había abandonado sus casas a toda prisa para refugiarse en el valle, huyendo del peligro. Íbamos a retirarnos para buscar otra salida, cuando nos pareció oír un ruido leve, un lamento lejano o la respiración entrecortada de un animal herido.

El asik interrumpió al viejo Dubonik para lanzar una de sus frases lapidarias:

—Nosotros, los nómadas, no huimos cobardemente ante el peligro ni negamos la ayuda a los extraños —dijo, cediendo de nuevo la palabra a Dubonik para que continuara su relato.

—Nos detuvimos a escuchar. Se oyó el ruido de nuevo. Rastreamos el monte y al borde de un sendero, medio oculto entre los matorrales, encontramos a un niño de unos tres o cuatro años que se quejaba en sueños.

—¿Yo? ¿Era yo? —preguntó Yamel, emocionado.

El viejo Dubonik continuó como si no lo hubiera oído:

—El niño parecía uno de esos corderillos nacidos a destiempo durante la marcha larga, fuera de la paridera, que no tienen fuerzas para seguir el paso del rebaño, que se van quedando rezagados y se pierden sin que lo adviertan los pastores jóvenes, y que terminan siendo pasto de los lobos.

—¿Y por qué estaba yo allí, dormido y solo? —quiso saber Yamel.

—Haciendo cábalas, supusimos que ese niño habría sido arrancado de su casa junto con su familia bajo la amenaza de las armas y obligado a lanzarse a una precipitada huida.

—Las guerras arrastran en su torbellino a muchos inocentes —comentó el asik.

—¿Y dónde estaba mi familia? —volvió a preguntar Yamel.

Dubonik aventuró una explicación:

—A veces, los guerrilleros toman al padre prisionero y echan a los demás fuera de su casa. La madre tiene que cargar con el hijo menor y no puede tenderle al otro hijo, aún muy pequeño, la mano que necesita para caminar. Tras largas horas de huida el niño se va retrasando hasta perderse. O se detiene unos instantes para recobrar el aliento, cae al suelo rendido de cansancio, y se queda dormido entre los matorrales mientras los demás fugitivos se alejan de prisa sin echarlo de menos. Tal vez fue eso lo que ocurrió contigo.

—Me abandonaron —murmuró Yamel.

—No hay que culpar a nadie sin saber lo ocurrido. Puede que algo les impidiera volver en tu busca —le dijo el asik para consolarlo.

Dubonik continuó su relato:

—A juzgar por las hojas de otoño que casi lo cubrían, el niño llevaba varias horas perdido cuando nosotros lo encontramos. Yo lo alcé del suelo, lo arropé con mi zamarra y con el niño en brazos seguí buscando caminos y lugares seguros a la cabeza de la avanzadilla. Al tercer día regresamos al aduar.

Las palabras del asik y del viejo Dubonik, que no era su abuelo, estaban despertando en Yamel unos recuerdos que hasta ese momento le habían parecido sueños. Mientras trataba de unir en su memoria imágenes y palabras sueltas, entre Dubonik y el asik terminaron de explicarle lo ocurrido.

Le contaron que, al regresar la avanzadilla de rastreadores, los nómadas se reunieron junto al fuego grande. Después de indicar el mejor camino para la marcha larga y el mejor lugar para el aduar de invierno, el mayoral Dubonik puso en el suelo el lío de la zamarra que llevaba a cuestas y lo abrió para que todos pudieran ver lo que encerraba.

A los gritos de asombro de los presentes, el niño se despertó y abrió los ojos. Deslumbrado por el brillo del fuego, o asustado al encontrarse rodeado por tantos desconocidos, se echó a llorar tapándose la cara con las manos.

En seguida empezaron las discusiones. Algunos pastores se mostraron recelosos ante la presencia de un extraño y le reprocharon a Dubonik que lo hubiera introducido en



la explanada del fuego grande sin permiso del grupo. Otros trataron de interrogar al niño:

—¿Quién eres?

—¿Dónde está tu pueblo?

—¿Cómo te llamas?

El niño murmuró bajito:

—Yamel.

Puede que sí. Puede que ése fuera su propio nombre. O que fuera el nombre de un hermano o de un amigo, porque lo repitió a gritos, como llamando a alguien:

—¡Yamel!

Los nómadas comentaron entre ellos:

—¿Yamel? Ése es un nombre turco.

—Es natural. Porque esta parte del Kurdistán donde estamos ahora pertenece a Turquía.

—El caso es muy grave porque tenemos entre nosotros a un ciudadano turco y nos pueden acusar de haberlo secuestrado.

—Y si nos echan de Turquía, ¿adónde llevaremos a pastar nuestros rebaños en invierno?

—No podemos acoger a un turco entre nosotros. Debemos dejarlo en el primer pueblo que encontremos.

El mayoral Dubonik replicó:

—No sabemos a qué bando pertenecían esos fugitivos. ¿Qué suerte correría este niño si lo entregásemos a los enemigos de su pueblo?

—¡Pero no puede quedarse entre nosotros! No es un nómada. No ha nacido en una tienda de piel de oveja. Es un extraño y nos pone en peligro.

Siguieron discutiendo sobre si el grupo debía aceptar al niño o no hasta que entre las palabras de la disputa se abrieron paso unas cuantas notas: era el asik, que acompañado con la música de su laúd empezaba a narrar la historia del primer rabadán del grupo nómada. Era una canción que gustaba a todos: a los pastores, porque les recordaba sus orígenes; a las mujeres, porque el héroe era joven y guapo; a los niños, porque tenía un estribillo que ellos coreaban al final de cada estrofa:

«El rabadán superó todos los peligros...,
¡Cuarenta, cuarenta, cuarenta!
esquivó a sus enemigos...,
¡Cuarenta, cuarenta, cuarenta!
juntó varios rebaños...,
¡Cuarenta, cuarenta, cuarenta!
levantó un aduar con muchas tiendas...,
¡Cuarenta, cuarenta, cuarenta!
y acogió a los extraños perdidos en la nieve.
¡Cuarenta, cua...!».

El estribillo se quedó colgado del aire porque el asik interrumpió la melodía bruscamente.

—¿Qué pasa? —exclamaron los niños.

—¿Por qué no sigues? —le preguntaron los pastores.

—¿Se han roto las cuerdas del laúd? —supusieron las mujeres.

Y el rabadán le interrogó, preocupado:

—¿Has olvidado el final de la historia?

El asik contestó que no con la cabeza, pero se negó a seguir tocando su laúd y repitió sin música el mensaje de la última estrofa:

—...y acogió en su tienda a cuarenta caminantes extraños perdidos en la nieve...

La canción de «los cuarenta» venía desde el fondo del tiempo a recordar al grupo la tradicional hospitalidad de los nómadas.

Rodeado de un profundo silencio, Dubonik se levantó, decidido.

Sin esperar el pronunciamiento del Consejo de los Ancianos y sin que nadie osara impedirselo, hizo lo que consideró un deber y un derecho: alzó al niño del suelo, lo llevó en brazos a su tienda y lo cuidó desde entonces como si fuera su propio nieto.

—Y por eso tienes que ser el mejor de los nómadas, aunque hayas nacido quién sabe dónde: en una choza de paja o en una casa de piedra; en un asentamiento de refugiados o en un campamento de guerrilleros. ¿Me has oído? El mejor de todos —repitió el viejo mayoral Dubonik.

—Lo seré, abuelo —le aseguró Yamel, sellando su promesa con un abrazo emocionado.